

LIOTECA  
LECTA

Andersen

# El tío "Cierra el ojo"

Margarita, la del gallinero

Anita, la fosforena

La lápida sepulcral

Escenas de corral



33

P

82-93

A3T

in Sopena

Provenza 99  
BARCELONA

12 C  
7485



00053649

APROBACIÓN ECLESIASTICA

**VICARIATO GENERAL**  
DE LA  
**DIÓCESIS DE BARCELONA**

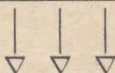
—  
**NIHIL OBSTAT**  
EL CENSOR,  
**AGUSTIN MAS FOLCH**

—  
Barcelona, 10 de abril de 1923  
**IMPRIMASE**

EL VICARIO GENERAL,  
**FRANCISCO DE P. PARÉS**

—  
POR MANDATO DE SU SRÍA.,  
*Lic. Salvador Carreras, pbro.*  
SCRIO. CANC.

BIBLIOTECA SELECTA



ANDERSEN

EL TÍO  
"CIERRA EL OJO"

29.140



BARCELONA

RAMÓN SOPENA, EDITOR

PROVENZA, 93 A 97

1930



---

DERECHOS RESERVADOS

---

## EL TÍO “CIERRA EL OJO”

---

Cuando, al entrar la noche, los niños están aún sentados alrededor de la mesa del comedor, el tío *Cierra el ojo*, que sabe muchísimos cuentos y los explica con una gracia inimitable, entra en la casa de los niños, sube la escalera sin producir ningún ruido, abre la puerta del comedor, y con grandes precauciones lanza con su jeringuilla un chorrito de leche azucarada en los ojos de los pequeñuelos que, en el acto, cierran sus párpados, y entonces el tío *Cierra el ojo* entra en el comedor, y colocándose detrás de ellos les sopla en sus cuellecitos. Inmediatamente sienten sus cabecitas una gran pesadez, pero sin causarles ningún daño, pues el tío *Cierra el ojo* no desea mal alguno a los niños; todo lo contrario; sólo desea que se estén quietecitos para poderles contar sus lindos cuentos.

Cuando sus amiguitos duermen, se acerca a la camita de éstos. Viste un precioso traje de seda de un color imposible de describir, pues a veces pa-

rece verde, otras encarnado o azul, según los movimientos que hace al andar. Debajo de cada brazo lleva un paraguas; en la tela de uno de ellos hay pintadas figuras diversas y de abigarrados colores: este paraguas es para los niños buenos; lo abre encima de sus cabecitas y sueñan toda la noche con lindísimas y graciosas historias. La tela del otro paraguas no ostenta ninguna pintura, y está destinado a los niños malos; éstos duermen como atontados, y cuando al día siguiente se despiertan, no pueden recordar ningún sueño agradable.

Escuchad los siete cuentos que el tío *Cierra el ojo* contó, durante siete noches consecutivas, a un chiquelo que se llamaba Hjalmar.

#### LUNES

—Fíjate bien y no pierdas ningún detalle — dijo el tío *Cierra el ojo* la primera noche cuando vió acostado a Hjalmar—. Pon atención y verás cómo voy a adornar la habitación.

En efecto, todas las plantas que estaban en la ventana en sus respectivas macetas, comenzaron a crecer hasta convertirse en gigantescos árboles que, extendiendo sus largas ramas a lo largo de las paredes y por todo el techo, dejaron convertida la habitación en un maravilloso invernadero. Estas ramas, de fresco verdor, estaban cuajadas de flores, más preciosas que las más lindas rosas,

y exhalaban un aroma delicioso ; flores que ¡ oh ventura ! podían comerse, pues tenían el gusto de las más delicadas confituras. También colgaban de las ramas sabrosas frutas que brillaban como el oro, y cestas que olían a pan candeal, llenas de hermosas pasas.

Todo aquello era magnífico, y al mismo tiempo que alegraba este pintoresco espectáculo, se oían salir horribles lamentos del cajón donde Hjalmar guardaba sus libros.

—¿Qué será esto? — dijo *Cierra el ojo*.

Y se dirigió hacia la mesa y abrió el cajón. Allí dentro encontró la pizarra en que Hjalmar había hecho un problema de aritmética y en el que había un error de cálculo. La pizarra, desconsolada, gemía y se retorció ; diríase que iba a romperse en mil pedazos. El lápiz que colgaba de ella daba brincos de impaciencia, deseando rectificar el error, pero sus esfuerzos eran inútiles.

También el cuaderno de escritura gemía de un modo ensordecedor. Al principio de cada página había una línea de modelo, que empezaba con una mayúscula, y las demás letras minúsculas ; debajo estaba lo escrito por Hjalmar, pero las letras en nada se parecían al modelo, pues unas estaban muy inclinadas, otras muy derechas ; los perfiles eran delgados y torcidos ; aquello era una escritura horrible.

—¡ Atención ! — dijo el modelo de escritura—. Fijaos bien cómo debéis teneros, todas algo inclinadas y bien alineadas, pero con gracia.

—¡ Oh ! Ya quisiéramos imitarle — respondieron las letras escritas por Hjalmar—, pero no tenemos la fuerza para movernos ; no hemos bebido bastante tinta.

—¡ Ah ! ¿ estáis indispuestas ? — dijo el tío *Cierra el ojo*— ; pues entonces tenéis que purgaros.

—¡ Eso no, eso no ! — exclamaron las letras, e irguiéndose cuanto pudieron se mantuvieron muy tiesas.

—Mucho lo siento, querido Hjalmar — replicó el viejo—, pero hoy no contaré historias ni aventuras ; tengo que dar una lección a esa genticilla. Vamos, una, dos ; una, dos.

Y marcando el compás, hizo andar las letras y las ejercitó a mantenerse derechas, hasta que por fin tomaron una postura airosa como las letras del modelo.

Conseguido esto, el tío *Cierra el ojo* abandonó la habitación. Al día siguiente, al levantarse, Hjalmar corrió a su cajón y hojeó su cuaderno de escritura : sus letras tenían el mismo lamentable aspecto que antes.

#### MARTES

En cuanto Hjalmar se metió en la cama, el tío *Cierra el ojo* regó con su jeringuilla encantada los muebles de la habitación, e inmediatamente adquirieron el don de la palabra. Se pusieron a hablar todos a la vez ; cada uno alababa sus propiedades particulares sin preocuparse de otra cosa ;



la escupidera formaba rancho aparte : hablaba mal de los demás y decía que los otros muebles comían una gran ridiculez y una estúpida vanidad cantando sus propias alabanzas y no contemplando su modestia que la hacía permanecer, sola, en un rincón.

Colgado sobre la cómoda había un gran cuadro con marco dorado, que representaba un paisaje. Se veían en él un río que discurría tranquilamente entre grandes árboles seculares, musgo y flores, y después de pasar junto a un antiguo castillo, desembocaba en el Océano.

*Cierra el ojo* tocó también el cuadro con su jeringuilla y el paisaje se animó : los pájaros se pusieron a cantar, las ramas de los árboles se agitaron, las nubes corrían de un lado a otro, proyectándose sus sombras en la verde pradera.

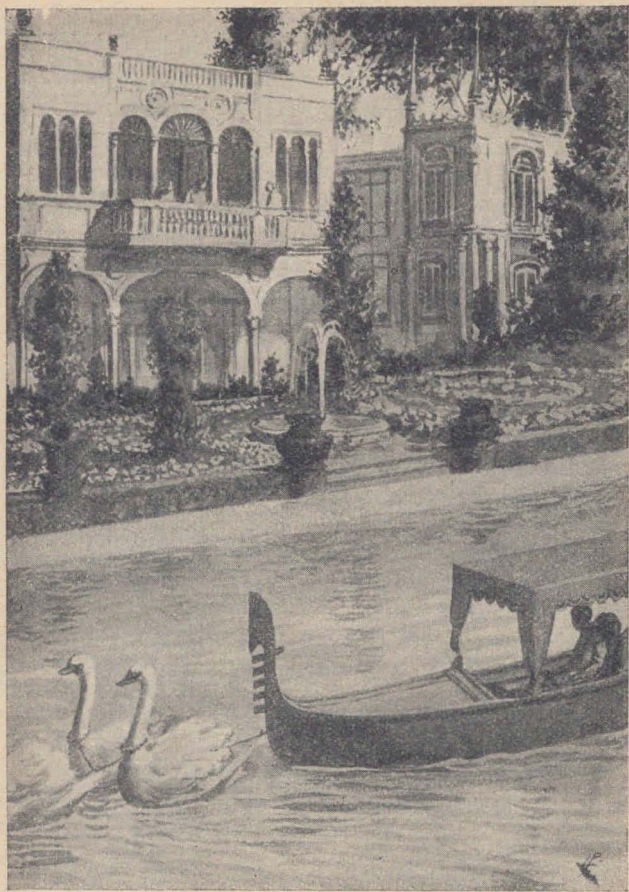
Entonces el viejo cogió a Hjalmar y, aproximándolo al cuadro, lo puso de pies en el mullido césped, convirtiéndolo en un personaje vívido del paisaje. Los rayos del sol, filtrándose por entre la espesa enramada, le acariciaban dulcemente.

Alegre y satisfecho, Hjalmar dirigió sus pasos hacia el río ; allí vió una barquita que estaba amarrada a la orilla ; estaba pintada de encarnado y blanco, su toldo de lona brillaba como la plata. El niño, después de contemplarla, se embarcó en ella. Al punto empezó a deslizarse la embarcación sobre las aguas ; tiraban de ella seis hermosos cisnes que lucían en sus cuellos collares de oro y sobre la cabeza una estrella azul, rutilante. Los cisnes

arrastraron la navecilla a lo largo de las lindes de la magnífica selva ; Hjalmar oyó narrar a los añosos árboles espeluznantes historias de bandidos y de brujas que le pusieron los pelos de punta ; pero se calmó cuando las florecillas le contaron las aventuras de los gnomos y otras entretenidas historietas que había oído narrar a las mariposas.

En pos de la barquilla nadaban graciosamente lindísimos peces dorados y plateados que, de vez en cuando, saltaban por encima del agua y daba gozo verlos brillar a los reflejos del sol. Miriadas de pájaros de vivos colores custodiaban la barquita por ambos lados. Los mosquitos danzaban sobre las ondas ; también formaba parte del cortejo una numerosa bandada de abejorros que hacían un ruido singular. Cada uno de ellos contaba una historia diferente.

¡ Qué paseo tan divertido era aquél ! De vez en cuando la selva volvíase abrupta y sombría ; las ramas se inclinaban por encima del agua ; todo era obscuridad y misterio ; después brillaba el astro diurno iluminando jardines, cuajados de flores de colores vivísimos. A orillas del lago se alzaban palacios de cristal y de jaspe, cuyos balcones estaban ocupados por graciosas princesas. Hjalmar las reconoció : eran unas niñas que jugaban con él y con su hermana. Ellas le dirigían cariñosas sonrisas, mostrándole al mismo tiempo caprichosos juguetes de azúcar como los que se ven en las confiterías por Nochebuena ; Hjalmar alargaba la mano para apoderarse del dulce manjar, mas las pícaras princesi-



A orillas del lago se alzaban palacios de cristal...  
(Pág. 10.)

tas no lo soltaban ; pero Hjalmar tiraba del dulce y éste se rompía, quedándose siempre el muchacho con el pedazo más grande. ¡ Qué sabroso encontraba el dulce !

Ante la puerta de los palacios, formaban la guardia príncipes que ceñían espadas de oro. Luego aparecían reyes con sus coronas, que arrojaban a Hjalmar almendrados y cajas de soldados de plomo.

La barca se detuvo delante de la ciudad en que vivía la mujer que lo había criado.

La excelente nodriza lo quería mucho, así es que en cuanto lo vió, loca de contento, cantó los siguientes versos que ella misma había compuesto cuando entregó el niño a sus padres, pues le había desmamado y andaba solo, como un hombrecito :

¡ Mucho he pensado en ti, querido niño,  
Objeto encantador de mi cariño !  
¡ Besos mil he dado a tus cabellos,  
A tu frente, a tu boca y ojos bellos,  
Cuando risueño, apoyado en mi brazo,  
Dormías, tranquilo, en mi regazo !  
¡ Yo aquí me he de quedar y tú has de irte,  
Ángel querido que embelesa el alma !  
¡ Quiera el Omnipotente bendecirte,  
Y puedas para siempre vivir en calma !

Las aves cantaban al unísono, acompañando el canto con sus más armoniosos trinos ; las flores balanceábanse blandamente en sus tallos, y a lo lejos se veían los añosos árboles agitar sus ramas, como dando a entender que tomaban parte en la fiesta.

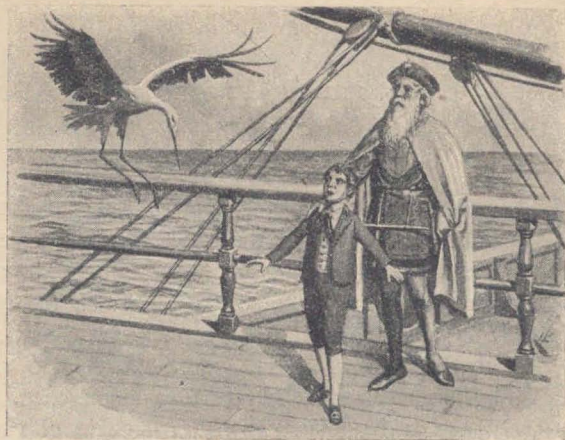
## MIÉRCOLES

Llovía torrencialmente. Hjalmar, aunque dormía, oía el ruido que producía el agua al caer. *Cierra el ojo* abrió la ventana; el agua corría por la calle con tal impetuosidad, que parecía un río desbordado; luego convirtiéndose en un inmenso lago, y muy pronto en un verdadero mar. Pasó un magnífico navío y se detuvo delante de la casa.

—¿Quieres, mi querido Hjalmar — dijo el viejo—, venir conmigo a hacer un bonito viaje? Iremos lejos, lejísimo, a los países extranjeros, y mañana por la mañana estaremos de vuelta.

De pronto, Hjalmar se vió transportado al puente del navío, y vestido con su lindo traje de las fiestas. El tiempo se aclaró al momento. Una ligera brisa hinchó las velas, y el barco, después de haber doblado la gigantesca catedral, penetró en el Océano; el viento refrescó, la velocidad de la embarcación acrecentó más aún y en breve la tierra desapareció ante la vista del muchacho.

De pronto columbróse una bandada de cigüeñas que volaba hacia las cálidas regiones del Sud; entre aquellas aves zancudas había una que siempre se quedaba rezagada, pues estaba rendida de cansancio. Las otras seguían su camino, pero una de las veces que la pobrecita hizo un esfuerzo para



alcanzar a sus compañeras, sus alas flaquearon y tuvo que posarse en el mástil del navío; pero un brusco vaivén del barco le hizo perder el equilibrio y cayó sobre el puente.

Un grumete que la vió caer la cogió y la metió en un jaulón muy grande donde había gallinas, patos y pavos. La pobre cigüeña no se encontraba a gusto en aquella sociedad.

Las gallinas, al verle, se decían: «¡Qué animalucho más horroroso!» Un pavo, contoneándose orgullosamente, le preguntó de dónde venía. Los patos le dirigieron una mirada despreciativa y alejéronse graznando estrepitosamente.

La cigüeña explicó que venía, como ellos, de los países del Norte y que iba a buscar el sol de Africa. Les describió aquellas hermosas tierras, el Nilo, las

Pirámides, y les habló del gigante de las aves, el avestruz, que corre por el desierto como un caballo salvaje.

Sus oyentes no quisieron creer nada de lo que contaba, y los patos, guiñándose el ojo, se decían :

— ¡ Qué cosas cuenta ! Vamos, es una estúpida, ¿ verdad, amigos ?

— ¡ Oh, sí ! ¡ una estúpida ! — repitió el pavo, y lanzó un *glu, glu, glu, glu* que se oyó a gran distancia.

La cigüeña nada arguyó en su defensa, cerró el pico y se puso a soñar con su hermoso país de Egipto.

— ¡ Qué alambre más delgado usáis, amiga ci-



...llamó a la cigüeña, que acudió saltando y los dos subieron al puente. (Pág. 16.)

güeña, a guisa de patas! — observó el pavo—. ¿Cuánto cuesta el metro?

Los patos celebraron la broma chillando convulsivamente ; *cuac, cuac, cuac!*

La cigüeña continuaba impertérrita.

—A lo menos — dijo el pavo—, podríais sonreír un poco ; no oiréis a menudo una frase tan graciosa como la que acabo de decir. Pero tal vez no la habéis comprendido. Vamos, compañeros, dejémosla sola con sus estúpidas reflexiones, y no nos ocupemos más de ella.

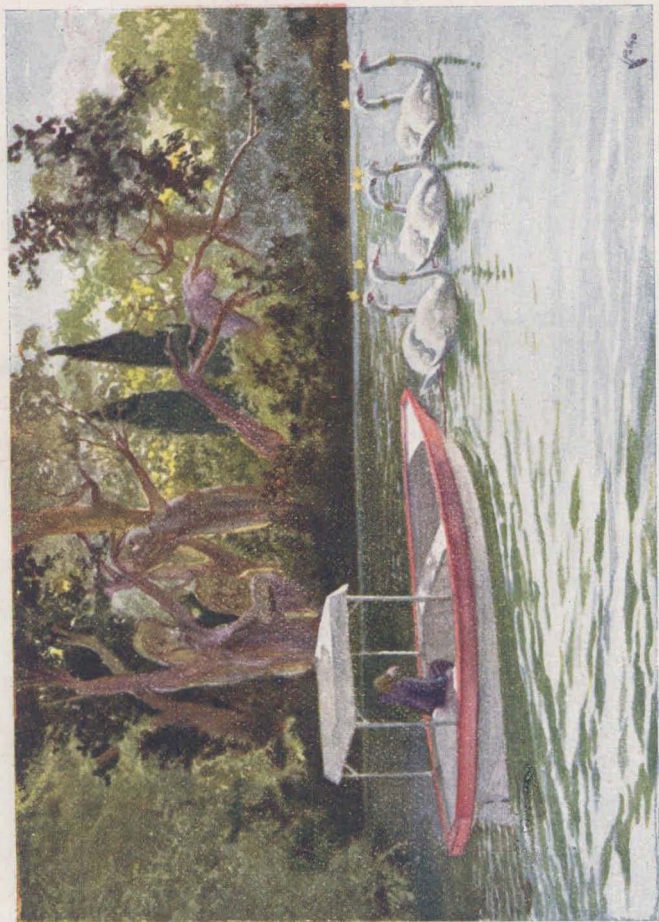
Lanzó el pavo un estridente *glu, glu* ; las gallinas contestaron con un acento de falsete, *co, co, co*, y los patos con voz de barítonos cantaron *cuac, cuac, cuac*. Aquel coro era una horrible cencerrada. ¡Cómo se burlaban sin piedad de la pobre cigüeña!

Ai oír aquellos gritos, Hjalmar se acercó al gallinero, abrió la puerta, llamó a la cigüeña que acudió saltando y los dos subieron al puente. El joven acarició a la pobre ave, que le dió las más sinceras gracias, bajando la cabeza hasta tocar el pico en el suelo. Luego, habiendo ya recuperado las fuerzas perdidas, extendió las alas y dirigió el vuelo hacia las regiones del sol.

El pavo, rojo de cólera, viéndola cernerse majestuosa por los aires, lanzó un postrer *glu, glu* ; los patos y las gallinas atronaban el espacio con su algarabía infernal.

—Seguid graznando, estúpidos animales — exclamó Hjalmar— ; mañana os retorcerán el pescuezo e iréis a parar a la cazuela.





Al punto empezó a deslizarse la embarcación sobre las aguas ; tiraban de ella seis hermosos cisnes... (Pág. 9.)



Y colérico, Hjalmar se despertó, abrió los ojos, y se encontró en su camita y no sobre el puente del hermoso navío.

El tío *Cierra el ojo* le había hecho efectuar un emocionante viaje aquella noche.

## JUEVES

En la noche de este día, dijo el viejo a Hjalmar :  
—Te advierto, para que no te asustes, que te traigo un ratoncito.

Y abrió la mano, en la que llevaba escondido un ratoncito, lindo como el amor.

—Este ratoncito te lo envían — continuó *Cierra el ojo*—, para que te convide a la boda que se efectuará esta noche entre un ratón y una ratita. La ceremonia se efectuará debajo del entarimado de la despensa donde tu madre guarda las provisiones. La gente ratonil dice que es un verdadero palacio.

—Sí, pero, ¿cómo podré meterme por debajo del entarimado? — preguntó Hjalmar.

—Ya me cuidaré yo de eso — respondió *Cierra el ojo*— ; te adelgazaré de tal manera que puedas pasar fácilmente.

Lanzó al niño un chorrito con su jeringuilla encantada, y al momento el cuerpo de Hjalmar comenzó a disminuir de tal manera, que acabó por tener la dimensión de un dedo y el grueso de un fósforo.

—Ahora — ordenó el viejo—, vístete con el traje del general que manda tus soldados de plomo ; te sentará a las mil maravillas y lucirás un vistoso uniforme.

La idea de ponerse aquel traje hizo sonreír a Hjalmar ; ejecutó lo que el viejo le ordenaba, y quedó asombrado de su aire marcial ; pero el uniforme le venía estrecho de hombros.

Completamente ataviado, le dijo el ratoncito que vino a invitarle :

—¿Queréis introducirnos dentro del dedal de vuestra señora madre? Tendré entonces el honor de engancharme a vuestro carruaje y llevaros a donde os esperan.

Sólo por fórmula Hjalmar hizo algunos cumplidos, pero al fin metióse en el dedal y se dejó llevar.

Llegados a la despensa, detuviéronse ante un agujero bastante grande, por donde podía pasar holgadamente el dedal.

Este agujero conducía a un corredor que estaba iluminado por las llamas que despedían algunos troncos de madera podrida.

—Aquí se respira un delicioso perfume, ¿verdad? — preguntó el ratoncito—. La galería ha sido untada con tocino por todas partes ; se ha empleado una corteza entera. ¡ Aspirad, aspirad este olorcito tan agradable !

Luego entraron en el salón de recepciones. A la derecha había dos filas de ratitas, que murmuraban y charlaban, produciendo un murmullo continuo. A la izquierda estaban situados los caballeros,

acariciando graciosamente sus bigotes, con su pata derecha. En el centro, y a guisa de dosel, veíase la mitad de la corteza de un queso de Holanda, y dentro colocados los novios, que se abrazaban tiernamente, demostrando el profundo amor que sentían.

Los invitados a la fiesta seguían llegando, y el



A la derecha había dos filas de ratitas, que murmuraban y charlaban... (Pág. 18.)

gentío se aumentó de tal modo, que comenzaba la gente ratonil a empujarse y pisarse las patas y los rabos.

También el salón de recepciones había sido untado con tocino. Como festín, no hubo más que el buen olor que despedía; los invitados lo aspiraban con todas las fuerzas de sus pulmones y sentían

agradable sensación. A los postres, mostraron a la concurrencia un guisante en el que una rata había grabado con sus agudos dientes las iniciales de los desposados. Aquel fruto leguminoso era hermosísimo, y nadie tuvo ganas de comérselo.

Terminada la ceremonia, todos alabaron aquella soberbia boda, y se regocijaban de haberse divertido como unos príncipes. Después, se retiraron a sus casas.

Hjalmar subió en su coche, o séase en el dedal de su madre, encantado como los demás. Su lindo traje había sido muy celebrado, y esto contribuyó a que no se advirtiera que le venía estrecha la chaquetilla del uniforme.

#### VIERNES

—Parece mentira — dijo el tío *Cierra el ojo* — el número excesivo de personas de edad que me piden deje a los niños y que vaya a verlas. Sobre todo los que han obrado mal son los que con más insistencia me llaman, y dicen: «Buen anciano, ven en nuestro auxilio; no podemos conciliar el sueño en toda la noche, y nuestras malas acciones desfilan continuamente ante nuestros ojos; un sinnúmero de diablillos bailan encima de nuestro lecho y nos arrojan agua hirviendo a los ojos. Ven pronto y expulsa de aquí a esta horrible gentecilla. Te pagaremos espléndidamente por la molestia que te causemos, pues tenemos la caja repleta de oro. Si dudas de nosotros, colocaremos la suma que quieras

en la ventana.» Yo — continuó *Cierra el ojo* — no me molesto por interés al dinero.

—¿A qué nos dedicaremos esta noche? — interrumpió Hjalmar.

—Si no te causa fastidio acudir a otra boda, iremos a la que se prepara en el cuarto de al lado. Hermann, tu gran Juan de las Viñas, debe contraer matrimonio con Berta, la más preciosa de las muñecas que tiene tu hermana; al mismo tiempo es el santo de la desposada, así es, que podremos ir a admirar los magníficos regalos que recibirá.

—Sí, lo sé — contestó Hjalmar—, siempre que mi hermana cree que a sus muñecas les hace falta vestiditos nuevos, dice que es su santo o que se van a casar; esto ha sucedido ya cien veces.

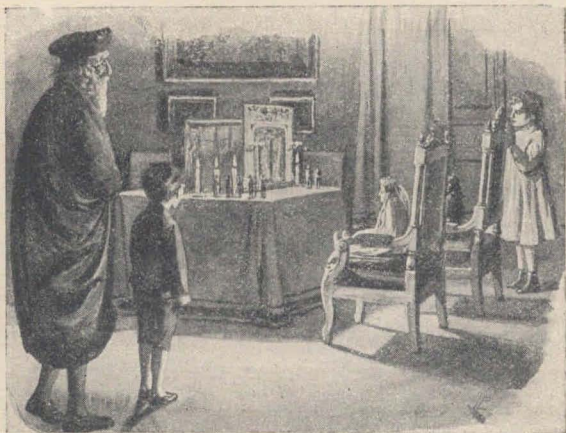
—Así es, en efecto — respondió *Cierra el ojo*—, y esta noche será la ciento una vez que se efectúa la boda. Pero, después de este número, todo se acaba, como dice el refrán dinamarqués. Así es, que esta boda será la última y por lo mismo será famosa. ¡Vamos; en marcha!

Hjalmar y el viejo entraron en la habitación. Encima de una mesa había un teatrillo de cartón, brillantemente iluminado; los prometidos, sentados uno al lado del otro, ocupaban dos preciosos sillones dorados. Los novios estaban pensativos, con la mirada fija en el suelo, como conviene en casos semejantes. Delante del teatro, una compañía de soldados de plomo daba la guardia de honor.

*Cierra el ojo* se colocó sobre los hombros el manto de seda negra de la abuela y casó a Hermann con

Berta. Al momento los muebles de la habitación entonaron un himno de alegría y exclamaron con acentos de gozo :

— ¡ Vivan los recién casados ! ¡ Mirad qué tiosos están y qué aire más arrogante tienen ! Están hechos de piel de gamuza y son ciegos, pero esto no



Encima de una mesa había un teatrito de cartón. (P.21.)

es impedimento para casarse. ¡ Hurra, hurra ! ¡ Qué el viento lleve a lo lejos nuestras sinceras felicitaciones !

Luego los novios enseñaron a los invitados los múltiples regalos que les habían enviado ; entre estos regalos había preciosidades ; obras de arte, joyas valiosísimas. Los prometidos habían rogado a sus admiradores que no les ofreciesen comestibles,



pues esto habría estropeado la poesía de sus sentimientos.

—Ahora—dijo el novio—, hemos de emprender nuestro viaje de boda. Pero, ¿adónde iremos?

Pidieron consejo a una golondrina que había recorrido el mundo y a la gallina del corral que había tenido ya muchos polluelos. La primera les dijo que fueran a los pintorecos países del Sud, donde las cepas lucen sus abundantes granos dorados, donde el cielo ostenta mágicos colores desconocidos en nuestras regiones del Norte.

—Allí habrá todo eso que dices — interrumpió la gallina—, pero no tienen coles encarnadas que son tan sabrosas y sanas. El verano pasado estaba con mis polluelos en el campo, disponíamos de una gran extensión de tierra, y allí podíamos escarbar a nuestro antojo; mas a pesar de esta comodidad, nos introducíamos por un agujero de la empalizada, penetrábamos en el huerto y pisoteábamos las coles encarnadas que allí crecían, mis polluelos se las engullían con más ansia que los gusanillos que encontrábamos en la tierra.

—Di cuanto quieras—replicó la golondrina—, pero con frecuencia el tiempo es malo aquí. Lluve la mitad del año.

—Mejor que mejor, pues así brotan más lozanas las coles encarnadas—respondió la gallina—. Además, también se nota aquí el calor; o si no, recordad el verano pasado; durante mes y medio no se podía respirar, parecía que estuviésemos en los trópicos. Sí, lo digo muy alto, el que no cree que

nuestro país es la mejor región del mundo es un imbécil. — Y dirigiéndose a los recién casados, añadió— : Quedaos aquí, no os marchéis, los viajes no son nada agradables. Recuerdo que una vez, siendo yo pollita, hice un viaje de doce leguas en una carreta, encerrada en un cesto. ¡ Qué vaivenes ! ¡ cuántas molestias ! Sólo al recuerdo se me pone, y ahora puedo decirlo con más propiedad, carne de gallina.

—Creo—dijo la novia—que esta gallina es una persona razonable. Tampoco soy partidaria de viajar por esos países cálidos. Temería que el color del cielo de esas regiones quedase eclipsado al ver los seductores matices de mi cara. Iremos aquí cerca, al campo, donde crecen las coles encarnadas.

El recién casado opinó como su mujer, y ambos se fueron dándose el brazo.

#### SÁBADO

—Estoy algo fatigado de nuestras excursiones nocturnas—dijo Hjalmar, cuando el tío *Cierra el ojo* se aproximó a su lecho.— ¿ No puedes contarme esta noche una historia ?

—No tengo tiempo, amiguito—respondió el viejo, abriendo el más lindo de sus dos paraguas y colocándolo encima del niño— ; pero, mira estas hermosas pinturas chinescas.

La tela del paraguas semejaba un gran jarrón



El hermano de *Cierra el ojo* pasaba como el viento,  
jinete en su caballo negro... (Pág. 28.)

de porcelana de china transparente ; allí se veían árboles de negros troncos con ramas azules, pagodas doradas, chinos que movían la cabeza en todos sentidos.

—Recréate la vista contemplando estas cosas singulares—dijo el tío *Cierra el ojo*—. Yo tengo que ayudar a arreglar y limpiar el universo para la fiesta de mañana, pues es domingo, como sabes. He de subir al campanario para convencerme de si los genios de la iglesia han limpiado bien la campana, para que cuando la echen a vuelo suene armoniosamente. Además, he de ir al campo para que los vientos expulsen de las flores y del césped el polvo que las cubre. Lo que más trabajo me costará es hacer descender las estrellas para limpiarlas con tiza a fin de que brillen con más lucidez. Para conseguirlo, tomo algunas de ellas de mi delantal, teniendo cuidado de numerarlas, después hago lo mismo con los clavos donde estaban colgadas ; de esta suerte puedo volver a colocar cada una en su sitio, pues de lo contrario no se sostendrían y se desplomaría el firmamento.

—Escuchad, *Cierra el ojo* — interrumpió de pronto un antiguo retrato que colgaba de la pared—. Yo soy el bisabuelo de Hjalmar, y estoy muy satisfecho de que distraigáis a este niño ; pero os lo suplico, no confundáis las nociones científicas que pueda haber aprendido, pues no es posible ir a descolgar las estrellas para pulimentarlas ; son cuerpos luminosos que se mueven a través del espacio.

—Muchas gracias, abuelo—respondió el viejo—, muchas gracias por la buena intención con que rectificas mis ideas. Pero ten presente que soy mucho más viejo que tú y puedo suponer que poseo más sabiduría que la que puedas tener, aunque bastante tengas no siendo de este siglo. Yo pertenezco a la época del paganismo; los romanos y los griegos me llamaban Morfeo, o sea el dios del sueño. Me he codeado con los más poderosos genios, he bebido en la misma fuente de las grandes inteligencias, y creo que sé lo que me digo; a unos una cosa, a otros lo contrario. Pero ya que crees saber más que yo, te cedo mi puesto. Cuenta tus historias si Hjalmar quiere escucharlas.

Dichas las palabras que anteceden, el viejo se fué llevándose su paraguas encantado.

Los labios del bisabuelo murmuraron algunas palabras, y tal vez iba a decir algo interesante, pero, en el mismo momento, Hjalmar se despertó sobresaltado.

#### DOMINGO

—Buenas noches, amigo Hjalmar—dijo el tío *Cierra el ojo*.

El joven respondió con un gracioso saludo, saltó del lecho, y para que el retrato del bisabuelo no interrumpiese la conversación como la víspera, lo volvió contra la pared.

—Hoy que es domingo—dijo Hjalmar a *Cierra el ojo*—me contarás alguna historia ; por ejemplo, la *Historia de los cinco guisantes* y la de *El chelín de plata* que, después de sufrir mucho tiempo el desprecio de todos, recuperó su verdadero valor al volver de su país.

—¿Historias?—exclamó el viejo—, hay muchos que te las pueden contar ; yo prefiero hacerte ver cosas extraordinarias. Voy a enseñarte a mi hermano, que se llama como yo, *Cierra el ojo*, pero no viene a ver a nadie más de una vez, y entonces le monta a la grupa de su caballo y cuenta una historia. No sabe más que dos ; una es bonita y graciosa, la otra horrible y espantosa.

El viejo se acercó a la ventana, y levantando en brazos a Hjalmar, le dijo :

—¿Ves aquel que pasa al galope en ese corcel alado? Pues ése es mi hermano ; ya te he dicho cómo se llama ; los hombres le apellidan la Muerte. Tú mismo lo juzgarás : no tiene el aspecto tan espantoso como lo representan las láminas de los libros, donde le dan el aspecto de un horrible esqueleto. Viste un hermoso uniforme de húsar, bordado con galones de plata, y pende de sus hombros un manto de terciopelo negro. ¡ Qué buen jinete, y qué bien sabe montar !

Hjalmar miraba con los ojos desmesuradamente abiertos. El hermano de *Cierra el ojo* pasaba como el viento, jinete en su caballo negro, arrebatando a derecha e izquierda a los ancianos, a los jóvenes y a los niños. A todos les preguntaba :

—¿Qué dice vuestra hoja de servicios?

—Nada más que cosas agradables— respondían todos.

—Dejadme que la lea.

Y tomaba la hoja de servicios. Aquellos cuyas hojas decían : *Muy bueno* o *Bueno*, los colocaba delante de la silla de su caballo y les narraba su linda historia ; a los poseedores de los certificados que llevaban la nota *Mediano* o *Malo*, los hacía sentar a la grupa y les contaba la terrible historia que tanto miedo les causaba ; gemían y hacían inauditos esfuerzos para tirarse del caballo ; pero estaban como clavados en la grupa y no podían moverse.

—La fisonomía de tu hermano me es más agradable que la tuya—exclamó Hjalmar—. Desde que le he visto no me da miedo.

—No te diré lo contrario — replicó *Cierra el ojo*—, pero ten cuidado que tu hoja de servicio esté en debida forma.

Aquí termina la historia del viejo *Cierra el ojo*.

Tal vez se aproximará a tu lecho alguna noche para contártela él mismo. Si esto sucediese, aprovéchate de ella.

## MARGARITA LA DEL GALLINERO

Margarita era la única persona que habitaba la linda y risueña casita construída en el corral de las gallinas y los patos, muy cerca del castillo, en el solar de la torrecilla feudal que antiguamente unía

un puente levadizo a la maciza torre de buharda que también había desaparecido. Lindando con el corral que hemos mencionado, se alzaba un soto poblado de enmarañadas malezas, en otro tiempo jardín frondoso regado por un anchuroso lago que era en la actualidad un pantano.

En las ramas de los añosos árboles del soto anidaban numerosos grajos y cornejas; era un verdadero hervidero de pájaros que, en vez de emprender el vuelo en revuelta confusión cuando un cazador los tiraba, salían por todas partes formando una masa tan compacta, que nublaban el sol, y sus agudos chillidos llegaban hasta el corral en que estaba sentada Margarita. Los pollitos corrían y daban saltitos en torno de la muchacha, que sabía la historia de cada gallina, de cada pato desde el momento en que salieron del cascarón. ¡Qué orgullosa se sentía con sus numerosas polladas y con el limpio departamento en que vivían! También tenía Margarita un cuartito muy limpio y arreglado según órdenes dadas por la señora del castillo, que la visitaba a menudo para enseñar a sus linajudos huéspedes lo que ella llamaba la cabaña de sus gallinas.

Los muebles del cuartito de Magdalena consistían en un armario, un sillón y una cómoda, encima de la cual había como adorno una chapa de cobre bruñido en la que se veía grabada la palabra *Grubbe*, nombre de la antigua y noble familia propietaria en otro tiempo de la torre y de todo el señorío. Aquella chapa de cobre fué encontrada bajo



tierra cuando se construyó la casita, y el sacristán del pueblo aseguró que no tenía más valor que el ser un recuerdo de los tiempos pasados. El sacristán conocía al dedillo la historia de la torre y de toda la comarca desde la época más remota, por haberla leído en los libros y crónicas del castillo, de las que había sacado numerosas notas que llenaban los cajones de su mesa. Pero en el bosque habitaba una vieja corneja que estaba más enterada que el sacristán, y solía contar historias interesantísimas, pero en su lenguaje de corneja, lenguaje que no entendía el sacristán a pesar de sus vastos y variados conocimientos.

Los vapores, o lo que es igual, los flúidos aeriformes que se desprendían del pantano en los días calurosos del estío, formaban detrás de los seculares árboles una nube blanca que podía tomarse por un lago; fenómeno ya observado en tiempos del caballero Grubbe, cuando aun existía el castillo feudal con sus espesos muros encarnados. Después de trasponer el puente levadizo, se pasaba por debajo de una torre que conducía a un largo corredor embaldosado que comunicaba con las habitaciones de los señores. Las ventanas eran estrechas, y muy reducidas las vidrieras del salón donde antiguamente se bailaba.

En la época en que vivió el último señor de Grubbe, no se recordaba que se hubiese celebrado ningún baile en aquel salón, en el que se veía, sin embargo, un antiguo tamboril y una cornamusa que fueron instrumentos de una orquesta. También

veíase en el salón un voluminoso arcón esculpido con sumo arte, donde se guardaban los tubérculos de flores raras, que la señora Grubbe coleccionaba, pues era muy aficionada a las plantas y cultivaba toda clase de hierbas y arbustos.

En cuanto a su esposo, prefería éste correr por los bosques a caballo persiguiendo lobos y jabalíes. Cuando partía para estas excursiones cinegéticas, su hija María le acompañaba siempre un buen trecho de camino. A la edad de cinco años, la hija del señor montaba ya a caballo, y con ademán altivo miraba alrededor de sí con sus hermosos ojos negros. Su mayor placer era dejar caer su látigo en los lomos de la jauría; pero su padre hubiera preferido verla descargar latigazos en las espaldas de los chicuelos del campo que acudían para ver pasar a sus señores.

No muy lejos del castillo, y en una misera cabaña, vivía un labrador que tenía un hijo llamado Søren, de la misma edad que la señorita; el mozalbete trepaba a los árboles como una ardilla, y la hija del señor feudal le hacía subir para que le cogiera nidos, a pesar de los lastimeros chillidos de los pobrecitos padres de los pequeños pajaritos. Una vez un cuervo arremetió colérico contra Søren propinándole un soberbio picotazo en el ojo, causándole una herida por la que vertió tanta sangre que se temió quedara ciego. Afortunadamente el muchacho pudo curar.

María llamaba al hijo del leñador *mi Søren*, favor especial que fué muy útil al pobre Jon, pa-



Los pollitos corrían y daban saltitos en torno de la muchacha... (Pág. 30.)



dre del muchacho, como verán a continuación. Un día en que Jon había cometido una falta insignificante, fué sentenciado a montar en el potro de madera, especie de tormento colocado en medio del patio y construído con cuatro palos que figuraban las patas de un caballo, y una tablilla estrecha que servía de lomo. Tal era el animal que hicieron montar al desgraciado Jon, atándole a los pies dos grandes piedras para que no pudiese cambiar de posición. En el rostro del paciente veíanse retratados los sufrimientos que le causaba aquel inhumano castigo, y Søren, llorando, suplicaba a María que intercediese cerca de su padre. La niña dió orden para que desatasen a Jon, pero como sus guardianes no se atreviesen a obedecerla, fué corriendo hacia donde estaba su padre, y agarrándose a sus faldones tiró con tanta fuerza, que acabó por arrancarlos, obteniendo así el perdón de Jon que, agradecido, descendió del potro de madera.

En este momento llegó la señora Grubbe y acarició tiernamente a su hija. Esta no atinaba la causa de estas maternales demostraciones.

A María le agradaba más jugar con los perros de caza, que permanecer junto al regazo materno. Su madre se dirigía con frecuencia al frondoso jardín donde se hallaba el lago cuajado de lirios y nenúfares que se mecían sobre las aguas en medio de los juncos. La buena señora se recreaba allí contemplando aquella exuberante vegetación, y se sentaba muchas veces al pie de una haya negra que había plantado allí para que recibiese mejor

los rayos del sol, pues en la sombra sus hojas se hubieran vuelto verdes. También solía pasearse la dama, sin compañía de nadie, por una alameda de altos castaños donde los pajarillos construían, como en todos los árboles y arbustos vecinos, centenares de nidos. No parecía sino que aquellos seres alados sabían que en aquel paraje estaba prohibido terminantemente el uso de armas de fuego, por expresa orden de la bondadosa señora, como tampoco robar los nidos de las pobres avecillas.

Pero a pesar de esta prohibición, María se dirigió a esos lugares acompañada de Søren, y mandó a éste que subiera a los árboles; el rapaz obedeció el mandato de su joven ama, y poco después depositaba en la falda de la niña huevecillos e infinidad de pajarillos cubiertos apenas de pluma. Los padres de los pobres animalitos revoloteaban en torno de los despiadados ladrones de nidos, lanzando al aire chillidos de cólera. Las cornejas y los grajos graznaban con todas sus fuerzas, produciendo infernal algarabía.

Cuando más distraídos estaban los dos muchachos en su innoble destrucción, se presentó ante ellos la madre de María, a quien los chillidos de los pájaros sacó de sus reflexiones.

—¿Qué estáis haciendo ahí, criaturas? — preguntó la bondadosa señora—. ¡Estáis ofendiendo a Dios!

Søren no supo qué contestar; pero María, después de haber bajado la frente un corto instante,



Una vez un cuervo arremetió colérico contra Soren,  
propinándole un soberbio picotazo... (Pág. 32.)

levantó de repente la cabeza y dijo con áspero y breve acento :

—Mi padre me lo ha permitido.

«Crac, crac, huyamos de aquí» exclamaron los cuervos y grajos, y toda la banda batió alas y se alejó de aquellos parajes. Al día siguiente los



...depositaba en la falda de la niña huevecillos e infinidad de pajarillos... (Pág. 34).

fugitivos volvieron, pues no podían resignarse a abandonar aquel sitio querido, donde ellos y sus hijos habían nacido.

Poco tiempo permaneció la caritativa señora en el castillo, porque Dios se la arrebató a esta ingrata tierra para llevársela al Cielo en donde le reservaba un lugar a su alma piadosa y buena. Cuando lle-



varon a la iglesia el cuerpo de la difunta, los pobres de la comarca lloraban a lágrima viva por pérdida tan irreparable.

Muerta la excelente dama, ya nadie se cuidó de las plantas ni de las flores del jardín, y aquel ameno lugar se llenó de maleza y hojarasca.

Su esposo, el señor Grubbe, era, según en público se decía, un hombre duro ; pero su hija, a pesar de sus cortos años, le dominaba ; tomaba a broma cuanto su padre le decía, y siempre hacía su santa voluntad.

María tenía entonces doce años y era alta y de fuerte complexión. Cuando miraba a alguna persona frente a frente con sus negros y hermosos ojos, su mirada dejaba confuso a quien le hablaba ; montaba a caballo como un jinete consumado y manejaba la escopeta como el más hábil cazador.

Cierto día llegaron al castillo dos caballeros pertenecientes a la más encumbrada nobleza. Estos huéspedes eran el joven rey y su hermano y favorito Ulrico Federico Gyldenlowe. Iban con el propósito, como así sucedió, de pasar algunos días con el señor Grubbe, y dedicarse a la caza de jabalíes.

A la hora de sentarse a la mesa, el joven favorito ocupó un asiento junto a María, y pretendió darla un beso como si fuesen parientes, pero la niña le dió un tremendo bofetón y le dijo que era muy antipático. Todos se echaron a reír, y el rey declaró que aquella aventura le había hecho mucha gracia.

Pero lo más chusco fué lo que aconteció cinco años después, cuando María tenía diez y siete años. Sucedió que un día llegó al castillo un mensajero con una carta del favorito abofeteado, en la que pedía la mano de la noble señorita.

—En todo el reino — dijo el señor Grubbe a su



...la niña le dió un tremendo bofetón y le dijo que era muy antipático. (Pág. 37.)

hija—no se encontraría un joven más noble y de más alta alcurnia, ni más galante caballero que el señor Ulrico Federico Gyldenlowe. Así es, que no es cosa de desdeñar su petición.

—Todo eso me importa un comino — respondió María. Pero, a pesar de su desdén, no dejaba de

agradarle ser esposa del más noble caballero del país, el primero después del rey.

Por fin fué concertada la boda, y Ulrico envió a Copenhague una embarcación cargada de ricos vestidos, joyas y adornos para que fuesen entregados a la novia como regalo de boda. La doncella se dirigió por tierra a Copenhague, tardando diez días, pero la nave que llevaba los ricos presentes tuvo una travesía muy penosa y tardó cuatro meses en llegar a su destino. La señora Gyldenlowe ya no estaba allí.

—Prefiero dormir entre sábanas de burda tela que en su lecho guarnecido de seda — dijo la bella desposada—. ¡ Antes andaré descalzada que ir en su coche !

Una fría noche de noviembre, ya muy tarde, llegaron a Aarhus dos damas muy arrebuñadas en sus mantos. Estas damas eran María Grubbe, la poderosa señora de Gyldenlowe, y su camarera. Ambas venían de Weile, a donde llegaron pocos días antes de Copenhague, por mar. Detuviéronse en la magnífica mansión construída con piedra de sillería, que poseía en Aarhus el señor feudal Grubbe. Cuando las damas llegaron, hallábase allí el orgulloso caballero, a quien desagradó la visita de su hija. Así es que la recibió con dureza, la regañó, pero le ofreció una habitación para dormir y a la mañana siguiente la obsequió con un jarro de cerveza.

Los malos instintos del autor de sus días se ha-

llaban excitados contra ella, que no estaba acostumbrada a semejante trato.

Ya sabemos que su padre tenía un genio muy agrio, y por otra parte es cosa natural el responder a un interlocutor en igual tono con que nos habla; así es que no es de extrañar que la voluntariosa María hablase de su esposo con acento de odio y amargura, declarando que no volvería jamás a su lado.

Pasaron así un año en continuas disputas, mediando entre padre e hija frases acerbadas, costumbre siempre funesta, porque las malas palabras dan siempre malos frutos. ¿Cómo terminarían estas querellas?

Un día en que discutían acaloradamente padre e hija, dijo aquél:

—Es imposible que podamos vivir bajo un mismo techo. Vete a habitar nuestro antiguo castillo, pero arráncate la lengua antes que propalar calumnias contra tu noble esposo.

Así se separaron. María fué a vivir con su camarera al antiguo castillo donde nació, junto a la capilla donde yacía su buena madre. El castillo estaba habitado únicamente por un viejo pastor. Las habitaciones todas de la antigua morada feudal estaban en completo abandono, pues allí se veían millares de telarañas que ennegrecían los techos y las paredes, dándoles un aspecto repugnante. En el jardín crecían en revuelta confusión hierbas silvestres, como el lúpulo, la ortiga, la cicuta y los al-boholes. El haya negra estaba al abrigo de los ár-

boles que habían crecido a su alrededor : sus hojas se habían vuelto verdes y habían perdido su primitiva hermosura. Innumerables bandadas de cornejas, grajos y cuervos revoloteaban por encima de los altos castaños, y con sus agudos graznidos parecían decir : «Ya volvemos a tener aquí a la niña que se apoderaba de nuestros huevos y robaba nuestros hijuelos ; el ladronzuelo que le acompañaba trepa ahora por un árbol sin hojas, por un gran mástil de un navío, y a la más leve falta, recibe los golpes de un rebenque. ¿Qué ha ganado con quitarnos nuestros pequeñuelos?»

Todo esto que narramos nos lo contó el sacristán, que lo había leído en los libros y en las memorias que encontrara, y después de haber tomado nota de todo, lo había guardado con otros manuscritos en los cajones de su mesa. «En el curso del mundo — decía el sacristán—, unos suben, otros bajan, y suceden cosas extraordinarias.»

Oigamos lo que aun contaba María Grubbe ; pero no por eso hemos de olvidar a Margarita la del gallinero, que permanece sentada en medio de su corral en el mismo sitio en que en otro tiempo acudía María a sentarse, pero con ideas muy diferentes.

Pasó el invierno, la primavera y el verano, apareciendo el otoño con sus vientos impetuosos, sus espesas nieblas y sus intensos fríos. En el viejo castillo la vida era monótona y solitaria.

María Grubbe empuñó la escopeta y tomó el camino del bosque, y allí mató liebres, zorras y

cuantos pájaros se les ponían delante. En más de una ocasión encontró al señor Palle Dyre de Nørreback, que iba también a aquellos lugares con su escopeta y sus perros. Este personaje era alto y robusto, y cuando hablaba con María se jactaba de ser capaz de medirse con el señor Brokenhuus de Egescow de Fionia, cuya fama era aún proverbial.



A ejemplo de este coloso, Palle Dyre había hecho colgar en la poterna de su castillo una gruesa cadena de hierro de la que pendía una bocina. Cuando entraba en su morada, cogía la cadena y a fuerza de puños subía al castillo montado en su caballo, tomando después la bocina para anunciar su llegada.

—Venid, señora María—dijo Palle Dyre a la hija

de Grubbe—, a ver este prodigio de fuerza ; venid a Nørreback, que allí se respira una atmósfera fresca y sana.

Nada dicen las crónicas respecto a la fecha en que María fué a establecerse al castillo de Palle Dyre ; pero en los candelabros de la iglesia del lugar, se lee una inscripción que dice que fueron regalados por Palle Dyre y María Grubbe, de Nørreback.

El tal Palle Dyre, que como hemos dicho, era alto y robusto, bebía más que aquel tonel que, según la mitología, nunca se llenaba ; cuando roncaba producía el ruido de una manada de cerdos gruñendo ; por último, tenía la tez de color carmesí y la cara abotargada.

En una ocasión en que María le vió tomar un cuchillo a escondidas, porque le reconvino por la frecuencia con que se embriagaba, se dijo para sí : «Este hombre es un pillo y traidor». Y como ya estaba cansada de aquella mísera existencia, no tardó en alejarse de él, como ahora veremos.

Un día, la comida se enfriaba en la mesa sin que la tocase nadie. Palle Dyre estaba cazando zorras, pero nadie sabía dónde estaba María. A media noche el cazador regresó a su casa, pero la joven no había aún parecido. Lo mismo sucedió en los días siguientes. Había partido para siempre sin despedirse de nadie.

Se fué a recorrer todo el mundo y visitó el santo imperio romano, viviendo con el dinero que le produjera la venta de sus joyas. Viajaba de un lado

para otro, según su capricho. Entonces, menos que nunca, la paz reinaba en su corazón; el aburrimiento debilitó su espíritu y cayó enferma. Sus recursos se agotaban y tuvo que regresar a Dinamarca. Después de soberanos esfuerzos, pudo llegar hasta un paraje no muy lejos de donde nació; pero un día, cerca de la orilla del mar, falta de



fuerzas, completamente extenuada, se sentó al pié de un montecillo de arena, poco distante de una aldea de pescadores, adonde no pudo llegar. Nubláronsele los ojos y poco a poco las bandadas de gaviotas blancas que revoloteaban a poca altura de ella, le parecieron tan negras como las cornejas que anidaban en los altos torreones del castillo de su padre.



El cansancio y las penalidades que venía sufriendo, la postraron y quedó dormida sobre las rocas, y cuando despertó, se encontró en brazos de un robusto marinero que se la llevó a cuestras. Este marinero tenía la cara poblada de una espesa barba y encima de un ojo una cicatriz. Poco después aquel hombre la depositó en su barco y la asistió a pesar de las protestas del patrón.

A la mañana siguiente el barco levó anclas y María no volvió a tierra. ¿Hacia dónde fué?

Dejémosnos ahora de consultar los manuscritos del sacristán, porque el resto de esta historia puede leerse en las cartas del famoso Holberg, el Plauto de Dinamarca, el autor de las excelentes comedias que con tan magistral elocuencia describe su nación y su tiempo. Holberg cuenta en sus cartas de qué modo encontró a María Grubbe. Era en 1711, muchos años después del día en que partió débil y enferma a bordo de la nave.

La peste causaba horribles estragos en Copenhague. El rey se ausentó de su capital, la reina buscó hospitalidad al lado de sus padres, en Alemania, los habitantes de la ciudad infestada que podían se alejaban de aquel foco, hasta los pobres estudiantes que eran mantenidos y albergados gratuitamente en los colegios a expensas del Estado.

Sin embargo, entre esos pobres estudiantes hubo algunos que no se ausentaron hasta el último extremo, cuando la epidemia causaba más víctimas. Entre estos últimos había uno que abandonó la ciu-

dad a las dos de la madrugada, y por todo equipaje llevaba unas alforjas repletas de manuscritos.

La niebla era espesísima y no se veía un alma por las calles. En muchas casas se veía una cruz blanca hecha con yeso, que indicaba que todos sus moradores habían muerto de la peste. En aquel momento el estudiante vió pasar una enorme carreta atestada de cadáveres y tirada por cuatro caballos que marchaban a galope.

Mientras caminaba, el estudiante aspiraba a cada momento unas sales muy fuertes que llevaba en un frasquito con objeto de evitar el contagio. De pronto llegaron a sus oídos los ecos de los cantos y carcajadas que salían de una taberna; asomóse a la puerta y vió una mísera multitud que procuraba embriagarse para no sentir las garras de la muerte.

El joven alejóse de aquellos lugares y se dirigió a uno de los canales que van al puerto. Allí vió un barco preparándose para hacerse a la vela. Entró en él, habló con el patrón y éste dijo:

—Si Dios nos da vida y el viento nos es favorable, dentro de tres días llegaremos a Grønsund, en la isla de Falster.

—¿Y cómo os llamáis, señor? — preguntó luego el patrón.

—Me llamo Luis Holberg — respondió el estudiante.

Este nombre, que resuena hoy día en toda Dinamarca y en el mundo de las letras, era entonces desconocido.

El buque zarpó, y al amanecer navegaba en alta mar ; una ligera brisa hinchaba sus velas, y al tercer día de haber emprendido el viaje anclaba en la isla de Falster.

Antes de desembarcar, el estudiante preguntó al patrón del barco :

—¿ Conocéis en Grøensund a alguien en cuya casa pueda hospedarme y comer barato?

—Creo que lo encontraréis en casa de la mujer



...echóse al hombro las alforjas y se dirigió a la casa que le indicara el patrón del barco. (P. 48.)

del barquero de Borrehus. Si queréis que os reciba y os dé buen trato, llamadla siempre *tia Særen*, y habladla rudamente, pues cuando se la trata con palabras atentas, se pone hecha una furia, y

hay que temerla, pues tiene unos puños que causan respeto. Ella está actualmente sola y pasa el río en la barca, porque su marido está en la cárcel.

El estudiante echóse al hombro las alforjas y se dirigió a la casa que le indicara el patrón del barco. Llegó por fin, y entró en una habitación cuyo piso estaba enlosado; no se veía nada en ella; el único mueble que había era un largo banco cubierto de una piel velluda que servía de cama para la noche, y ocupado en aquel momento por una gallina blanca rodeada de sus polluelos, los cuales, al ver entrar al estudiante, dieron un salto, derribando el cántaro lleno de agua colocado junto al banco. En la habitación contigua había un niño acostado en su cuna. Contemplando estaba el estudiante aquella sala, cuando llegó a sus oídos el ruido producido por el chapoteo de remos. Se asomó a la puerta, y vió una barca que se acercaba a la orilla. La persona que guiaba la embarcación iba embozada en una gran capa y llevaba la cabeza envuelta en un gorro de pieles. No podía distinguirse si era hombre o mujer.

Luego que hubo amarrado la barca a una estaca, el nuevo personaje entró en la casa, y entonces se vió que era una mujer de elevada estatura, de bruscos ademanes y mirada altiva; sus grandes ojos negros destacábanse bajo unas cejas fruncidas. Como es de suponer, aquella mujer era la tía Søren, a quien las cornejas hubieran llamado por otro nombre que aun recordaremos. Su aspecto era sombrío y taciturno, y como era muy parca en el hablar, en



...cuando despertó, se encontró en brazos de un robusto marinerero que se la llevó a cuestras. (Pág. 45.)



breves palabras cerró el trato con el estudiante para darle habitación y comida en su casa, hasta que pudiese regresar a Copenhague.

Muchos vecinos de la cercana villa, solían ir con frecuencia en sus paseos hasta Borrehus, y entraban en casa de la barquera a beber un jarro de cerveza, pues les agradaba oír al estudiante hablar de ciencia e historia. Un día en que aquellos visitantes parecían asombrados de los conocimientos del estudiante, dijo la tía Søren :

—Cuanto más ignorante es una persona, menos se calienta la cabeza.

Un día en que para preparar la leña la vió Holberg romper con los puños unas raíces para hacer leña, le dijo el estudiante :

—Tenéis un oficio muy duro.

—Eso es asunto mío, y nada más — respondió la barquera.

—¿Os dedicáis a ese trabajo desde muy niña?

—Mirad — dijo la tía Søren, mostrándole sus diminutas manos llenas de callos y las uñas estropeadas—. Ya que sois tan sabio, quizá podréis leer en ellas la historia de mi vida.

Llegó Navidad, la nieve extendió su blanco manto sobre la tierra y sopló un viento tan frío e impetuoso que quemaba la cara como si fuera un ácido corrosivo. La tía Søren no se quejaba nunca de la inclemencia del tiempo ; arrebujábase en su larga capa, encasquetábase su gorra de pieles y transportaba a la gente en su barca.

Una noche que estaba sentada junto al fuego tío.—4

del hogar remendando sus medias, dió muestras de tener buen humor, cosa extraña en ella, y, hablando de su marido, decía al estudiante :

—Por imprudencia, mi esposo mató a un marinero de Dragoer, y por eso le sentenciaron a tres años



—Mirad—dijo la tía Søren, mostrándole sus diminutas manos llenas de callos... (Pág. 49)

de cárcel. Como es un hombre del pueblo, no le rebajarán ni un solo día.

—La ley mide con el mismo rasero a todos, sean grandes o chicos — observó el estudiante.

—¿Lo cree usted así? — replicó la barquera mirando fijamente el fuego del hogar. Al cabo de algunos instantes continuó :— ¿No habéis oído hablar de lo que hizo Kay-Lykke? Pues mandó de-



rribar una iglesia porque tapaba la vista de su palacio, y cuando el sacerdote Martín le reprendió en el púlpito por su sacrilega acción, hizo cargar a éste de hierros y lo mandó ahorcar. Este asesinato no fué involuntario, y no obstante, Kay-Likke fué absuelto, sin haber sufrido ni un día de cárcel.

—Hace ya mucho tiempo que sucedió eso que contáis — replicó el estudiante— ; en nuestra época no hubiera pasado así.

—Eso podéis contárselo a quien os quiera creer— le respondió la barquera ; y al decir esto se levantó, dirigiéndose al cuarto contiguo a mecer a su hijo. Luego volvió y se puso a arreglar el banquillo que servía de lecho al estudiante y que ella le había cedido, porque aunque era hijo de Noruega, y habituado a estar entre los hielos, era muy sensible al frío.

El día de año nuevo hubo una terrible helada como hacía años no se había visto, y los rayos del sol relucían sobre la nieve endurecida. Las campanas de la aldea vecina tocaban a misa, y Holberg tomó la capa y se dirigió a la iglesia. En aquel momento una bandada de cornejas pasó por encima de la casa graznando de tal modo que casi impedían oír el toque de las campanas. La tía Søren, con un puchero en la mano, recogía nieve a la puerta de su morada, para después derretirla al fuego y tener agua para beber, y al oír el griterío de los pájaros, quedó mirándolos largo rato, quedando pensativa. Parecía que aquellas aves le traían a la memoria algún recuerdo.

Terminado el oficio religioso, el estudiante encaminóse a casa del recaudador de contribuciones, que tenía sumo placer en hablar con él. Como el frío era intensísimo, le hicieron tomar un vaso de cerveza caliente con azúcar y jengibre. Hablaron de la tía Søren, de la cual nadie sabía gran cosa, pues no era de la isla de Falster, y se creía que su condición era distinta de la que aparentaba.

—Su marido — decía el recaudador—, es pescador, muy colérico y brutal. En una disputa que sostuvo con un marinero, le dió tal puñetazo que lo dejó muerto. Maltrata inicuaamente a su mujer, que nunca se queja y todo lo sufre pacientemente.

—No soportaría yo ese trato — intervino la esposa del recaudador—. ¡No faltaba más, siendo la hija de un abastecedor de la casa real!

—Por eso os habéis casado con un empleado del rey — le contestó Holberg, despidiéndose de la familia.

La víspera de Reyes, por la noche, la tía Søren encendió, como tenía costumbre en semejante día, una vela con tres mechas. El estudiante, al notarlo, le dijo :

—Una mecha para cada uno.

—¿Para quién? — le preguntó la barquera dirigiéndole una mirada feroz.

—Para cada uno de los tres magos — respondió Holberg con extrañeza.

—¡ Ah ! — exclamó la mujer—, si es así, bueno.

Y volvió a sumergirse en su acostumbrado silencio.

Sin embargo, aquella noche debía hablar más de lo que había hablado durante muchos años.

Holberg continuó :

—Queréis mucho a vuestro marido, y sin embargo dice la gente que os maltrata.

—Eso a nadie le importa, no más que a mí—



...encendió, como tenía costumbre en semejante día, una vela con tres mechas. (Pág. 52.)

respondió ella con viveza—. Los golpes me hubieran sido muy provechosos cuando yo era niña ; ahora los recibo en castigo de mis muchas culpas. En cuanto a mi marido, tiene derecho a pegarme, después de todo el bien que me ha hecho salvándome de una muerte cierta, pues cuando yo estaba tendida en la arena, enferma, sin poder menearme

y las cornejas dispuestas a devorarme, llegó Søren, me llevó en brazos a su barco y sufrió con paciencia las injurias que le dirigió el patrón de su embarcación por haber llevado a bordo una boca inútil. Pero como mi naturaleza no está hecha para sucumbir tan pronto, en breve tiempo recuperé las fuerzas y curé radicalmente. Cada uno tiene su modo de obrar, y Søren, mi marido, obra como mejor le parece. No debe juzgarse al caballo por las apariencias. En fin, he vivido más feliz con Søren que con el que apellidaban el más galante caballero del reino, Ulrico de Gyldenlowe, hermano y favorito del rey, y más dichosa que con el rico Palle Dyre. He terminado la historia de mi vida; ahora ya sabéis quién soy.

Dicho lo que antecede, se levantó y se fué a cuidar a su hijo.

La barquera era María Grubbe. ¡Qué singular destino! El mismo Holberg nos ha dicho que murió cinco años después, en junio de 1716; pero lo que él ignoraba es que mientras el cuerpo de María estaba en el ataúd, una nube de pájaros de negras alas revoloteaban por encima de la casa del barquero, y cuando dieron sepultura al cadáver, desaparecieron.

Aquella misma noche en Jutlandia, no lejos del castillo de Grubbe, celebróse una reunión, tomando parte en ella numerosas cornejas y grajos que aturdían los oídos con infernales graznidos, y allí contaron la historia de la noble señorita que des-

truía sus huevos y polluelos, ayudada por el hijo del aldeano con quien por último se casó.

Terminada la historia de María, los grajos y las cornejas gritaban alegremente: «¡Bravo! ¡bravo!»

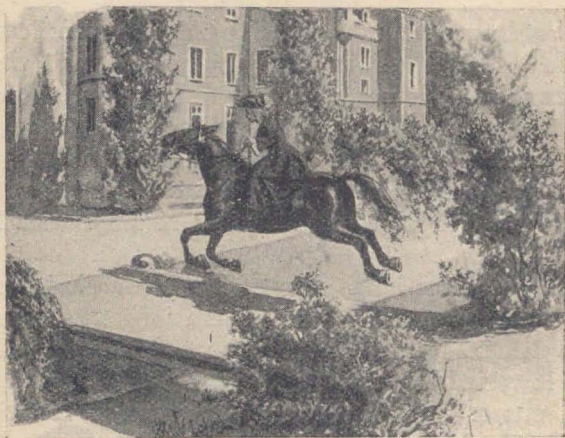
Pero el alboroto de las aladas aves fué aún mayor cuando, poco tiempo después, vieron derribar el castillo, cuyos dueños y toda su generación se extinguieron.

Según nos refirió el sacristán, en el solar del castillo se construyó el corral y la casita donde vive Margarita, que le cupo en suerte encontrar el modesto empleo de guardar las gallinas y demás aves domésticas, pues a no ser así, hubiera tenido que acogerse a un asilo. Nadie sabía quién era y se ignoraba a qué familia pertenecía; ni ella misma lo supo jamás.

El pobre sacristán, a pesar de sus conocimientos históricos, era en este punto tan ignorante como los demás. Pero la abuela de una de las cornejas de la vecindad, narró en varias ocasiones a su nieta, una corneja de plumas negrísimas, la historia de la abuela de Margarita. Nosotros la conocemos ya, por haberla visto, cuando aun contaba pocos años, pasar a caballo por el puente levadizo del castillo, altiva e imperiosa como si fuera la única dueña de los nidos de pájaros del universo, y últimamente por haberla hallado casada con el barquero, su primer cómplice. Su nietecita, el último vástago de la ilustre casa de Grubbe, fué a parar, sin más consejero que sus propios instintos, al lugar donde

existió el castillo de sus antepasados. Y si su abuela declaró guerra a muerte a los pájaros del bosque, en cambio Margarita disfrutaba de dulce paz en compañía de las aves de su gallinero, pues todas la conocían y amaban. Así vivió en aquel rincón de la selva, más dichosa que la rica heredera de los Grubbe en su castillo feudal.

Ya cargada de años, la buena Margarita dejó de



...pasar a caballo por el puente levadizo del castillo... (Pág. 55)

existir, con la tranquilidad de espíritu de las almas puras, y su tumba yace tan ignorada como lo fué su vida. Sólo una corneja centenaria podrá decirnos dónde descansan sus cenizas, suponiendo que no haya muerto también agobiada por los años.

## 'ANITA «LA FOSFORERA»

Hacía un día horroroso de frío, como jamás se había conocido otro igual. Grandes copos de nieve caían desde el amanecer, cubriendo el suelo de una alfombra blanquísima y espesa. La noche se venía encima, y por las trazas sería horrible. Era la víspera de Navidad.

Azotada por las ráfagas del viento helado del norte, vagaba por las calles una pobre niña con la cabeza descubierta y los pies descalzos, pues al salir de su casa, aunque calzaba unas babuchas que habían sido de su difunta madre, eran éstas tan grandes, que las abandonó en medio de la nieve para huir con más ligereza al ver que unos coches se le echaban encima. Cuando, pasado el peligro, quiso recogerlas, un granuja se apoderó de ellas y desapareció riendo en la obscuridad.

Y hete aquí a la desgraciada con los pies desabrigados y amoratados por el frío.

Anita llevaba en su delantal varios paquetes de fósforos para vender y tenía uno de ellos en la mano ofreciendo su mercancía a los transeuntes, pero aquella noche que era *noche buena* para todos, menos para los desgraciados, la gente pasaba junto a la pobre niña sin fijar su atención en ella ni en el lastimero acento con que suplicaba que le comprasen un paquetito de fósforos. Cerró completamente la noche sin que la infeliz fosforera vendiese

un solo fósforo, y sin que nadie la hubiese dado una limosna. Tiritando de frío y medio muerta de hambre la infeliz arrastrábase de calle en calle ; era la viva imagen de la miseria.

La nieve caía abundante sobre la dorada cabellera de la niña, cuyos sedosos rizos acariciaban su cuello ; pero la pobre Anita ni siquiera lo notaba.



...y tenía uno de ellos en la mano ofreciendo su mercancía a los transeúntes... (Pág. 57.)

Las ventanas de las casas aparecían iluminadas, despidiendo un exquisito olor de pavo asado : el pavo de Navidad. Ese agradable tufillo hacía detener con frecuencia el paso a la infeliz fosforera.

Por último, cansada de ofrecer a los indiferentes transeúntes su modesta mercancía, la pobrecilla



se dirige a un rincón situado entre dos casas, y como su debilidad era excesiva, se sienta en el suelo acurrucada procurando taparse los piececitos con sus andrajosas faldas. A pesar del frío tan crudo y la incómoda posición, no se atreve a abandonar aquel rinconcito y volver a su casa, porque su padrastro, hombre brutal y egoísta, la maltrataría si no le lleva algunas monedas. Además, en el mísero desván que habitaban hacía tanto frío como en la calle, porque el techo estaba lleno de grietas por donde se filtraba continuamente el viento; para mayor desgracia, no tenían ni un poco de lumbre para calentarse.

—¡Ay! — exclamaba Anita, frotándose sus heladas manecitas—; ¡si encendiese una cerilla! ¡una sola!... Papá no notaría que faltaba... tal vez podría calentarme un poco los dedos...

Decidióse al fin: restriega un fósforo contra la pared y brota una luz, brillante como una estrella. Para que el viento no se lo apagase, Anita lo colocó de modo que sus manecitas le sirvieran de pantalla, y a poco le pareció que se hallaba delante de una gran estufa bien encendida, en la cual chisporroteaba la lumbre. ¡Oh, qué grato calorcillo despedía aquella estufa ideal! Maquinalmente Anita hizo un gesto para aproximar sus pies helados a aquel hogar, cuando la luz se apagó, desapareció la estufa y la niña se quedó con un fósforo casi consumido en la mano.

Volvió a encender otro fosforillo y su resplandor se proyectó en la pared en que ella se apoyaba,

apareciendo transparente como una tela delgadísima, y Anita vió en su imaginación lo que pasaba en la sala de aquella casa. La mesa estaba cubierta con manteles más blancos que la nieve, y en ella lucía un soberbio servicio de porcelana; en medio veíase un hermoso pavo asado relleno de ricas frutas.

Uno de los convidados tomó un trinchante, cortó el ave en pedazos y fué a ofrecer uno a la pobre niña; pero, cuando la desgraciada extendió la mano para tomarlo, la luz del fósforo se apagó y no quedó en realidad más que el frío y la pared desnuda.

La infeliz Anita vuelve a encender otro fósforo y se ve transportada junto a un árbol de Navidad brillantemente iluminado con velitas, y de cuyas ramas pendían juguetes, alhajas, bizcochos y dulces. Alargó la mano para tomar uno de los más pequeños, pero la luz se extinguió, le pareció que el árbol subía al cielo y sus velitas se transformaban en estrellas. Una de ellas se desprendió y cayó a tierra dejando en pos de sí una estela luminosa.

—Eso significa que alguien va a morir — dijo Anita.

Su anciana abuela, el único ser que la había querido y acariciado, y que había muerto hacía algunos años, le había dicho en muchas ocasiones que, cuando se ve una estrella errante, es señal de que un alma sube al cielo.

Por cuarta vez enciende la niña otro fósforo; un vivo resplandor se esparce en torno suyo y ve delante de sí a su buena abuelita cuyos vestidos

parecían tachonados de puntitos luminosos. ¡ Cuán dulce era la mirada de la anciana ! ¡ Qué expresión de ternura tenía su rostro !

— ¡ Abuelita ! ¡ abuelita ! — exclamaba la pobre niña—, llévame contigo. ¡ Ay ! ¡ vas a desaparecer cuando se haya extinguido la luz ! ¡ Te desvanecerás como la estufa que calentaba mis manos ; te esfumarás como el pavo asado y el bonito árbol de Navidad ! ¡ Quédate conmigo, abuelita, no me dejes sola, o permíteme que te siga !

La luz se apagó, y Anita encendió otro fósforo, después otros más y por fin todo el paquete de una vez para seguir contemplando la imagen de la abuelita querida.

Como es natural, tantos fósforos encendidos de una vez, produjeron un destello de luz más brillante que la más pura claridad de la luna. La abuelita no estaba ni tan vieja ni abatida como cuando murió ; antes bien, estaba completamente transfigurada. Tomó a la niña en brazos y elevándose con su tierna carga por los aires, la llevó a un paraje situado a grandísima altura, en donde no hacía frío ni se sentía hambre ni pesadumbre : cerca del trono del Altísimo.

Al día siguiente por la mañana, los transeuntes hallaron en el rincón de una calle el cuerpo de la pobre fosforera ; sus mejillas estaban coloradas y su boca parecía sonreír. Anita la *Fosforera* había muerto de frío durante aquella noche que fué para muchos tan alegre y feliz.

En una de sus manos entumecidas veíanse aún

los restos carbonizados de un paquete de fósforos.

— ¡ Valiente estupidez ! — dijo un curioso sin entrañas—. ¡ Cómo pudo figurarse esa tonta que los fósforos le calentarían las manos !

Otros que presenciaban la triste escena, derramaron algunas lágrimas de compasión sobre el cuerpo inanimado de la infeliz Anita. ¡ Ay ! no sabían



Tomó a la niña en brazos y elevándose con su preciosa carga por los aires... (Pág, 61.)

éstos las bellas imágenes que vió aquella noche la humilde criatura a través del hielo ; ignoraban que si aquel mártir de la desgracia sufrió tanto, gozaba ya en aquel momento en brazos de su abuela, la mayor felicidad a que puede aspirar una criatura.

## LA LÁPIDA SEPULCRAL

(HISTORIA VERDADERA)

Era una deliciosísima noche otoñal. En una sala del piso bajo de una casa de un pueblo de Fionia estaba reunida alrededor de una mesa la familia de un honrado ciudadano. Las ventanas de la habitación estaban abiertas de par en par, y daban paso a un aire suave y agradable, embalsamado por la fragancia que despedían las flores del jardín, iluminado por la claridad de una magnífica luna.

La conversación recayó respecto a una gran piedra alta y estrecha como las que se ponen en las sepulturas, y que estaba en el patio cerca de la puerta de la cocina. Las criadas de la casa afilaban en esa piedra los cuchillos, o ponían a escurrir sobre ella los cacharros; a veces servía de blanco a los niños, en sus juegos.

—A mí se me figura — dijo el amo de la casa — que esa piedra procede del antiguo cementerio que estaba situado cerca del claustro. Hace unos cuarenta años se derribó la capilla y se trasportó el cementerio fuera de la ciudad para abrir en aquel sitio una calle; las lápidas que no fueron reclamadas se vendieron, y me acuerdo que mi padre fué quien las compró para hacer baldosas; sólo conservó una no sé por qué, y es la que está en el patio.

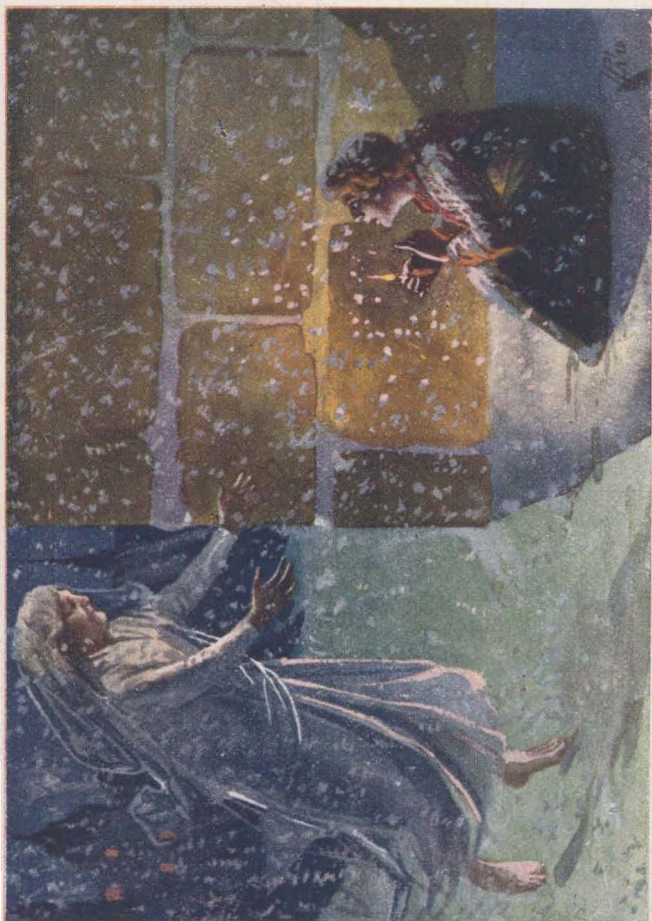
—Yo siempre he estado en la creencia de que

era una lápida sepulcral — dijo el mayor de los hijos— ; en ella se ve grabado un reloj de arena y parte de una cara de ángel ; la inscripción está medio borrada, pero puede distinguirse el nombre de Preben y debajo el de Marta ; de los apellidos sólo se ve la primera letra, una S, que sólo se descubre cuando la lluvia ha limpiado la piedra.

— ¡ Dios mío ! — exclamó un anciano, tío del amo de casa— ; esa lápida procede de la tumba de Preben Schwane y de su mujer. Sí, estos fueron los últimos que se enterraron en este cementerio. ¡ Qué buenos esposos eran ! Recuerdo que en mi infancia les vi figurar en las fiestas de la ciudad a la cabeza de los notables. Cuantos los conocían los amaban, y honraban, y aunque se susurraba que eran ricos, vivían modestamente, vestían con la mayor sencillez y su único orgullo era llevar muy limpia la ropa blanca. Su caridad para con los pobres era inagotable, pues los alimentaban y vestían. ¡ Esos sí eran verdaderos cristianos !

» Sí ; Preben y Marta eran dos esposos tan respetables como interesantes. Cuando, para descansar, se sentaban en el banco de piedra que hay en frente de su casa, al pie del secular castaño, saludaban a los que por allí pasaban de un modo tan afable y amistoso, que por fuerza se ganaban las simpatías de las gentes.

» La excelente Marta murió a una edad muy avanzada. Aun me acuerdo del día en que falleció, pues aunque yo era muy pequeño, acompañé a mi padre a casa del viejo Preben, cuando éste quedó



Volvió a encender otro fosforillo y su resplandor se proyectó en la pared en que ella se apoyaba... (Pág. 59.)





viudo. El buen hombre estaba inconsolable y lloraba como un niño. El cadáver de su esposa estaba en una estancia vecina. Ya más tranquilo, Preben contó a mi padre y a los que allí estaban presentes lo buena y amable que era aquella que acababa de perder, y con la que había compartido tantos años de dicha. Nos dijo que se habían conocido desde niños, y animándose poco a poco con el recuerdo de sus venturosos días, recordó el de su boda, cuando la novia, radiante de hermosura, se aproximó con él al altar a recibir la bendición nupcial, mientras que ahora su buena Marta yacía allí cerca envuelta en un sudario, y él, el triste anciano, recordaba en vano sus juveniles y felices tiempos. ¡Así es la vida!

»Yo no perdía detalle de aquella dolorosa historia, a pesar de ser una criatura de poca edad. Hoy tengo los mismos años que tenía entonces Preben Schwane. El tiempo pasa, todo cambia y desaparece.

»Aun tengo grabado en la memoria el entierro de la buena Marta. El viejo Preben, encorvado por el dolor y los años, caminaba detrás del féretro derramando abundantes lágrimas. Algunos años antes de la muerte de su mujer había hecho labrar la lápida que debía cubrir la sepultura de ambos; el epitafio estaba grabado, dejando un espacio para el año en que ocurriera la muerte. Por la noche, colocaron la lápida sobre la tumba, y un año después volvieron a levantarla para enterrar a su vez al pobre Preben.

»A pesar de su generosidad con los pobres, no dejó, como creían las gentes, bienes de fortuna ; y su exigua herencia recayó en parientes lejanos que ni siquiera cuidaron su sepulcro. No tardaron los pobres en olvidarse de su bienhechor. La antigua casa de Schwane, con sus ventanas góticas y sus va-



...se sentaban en el banco de piedra que hay en frente de su casa... (Pág. 64.)

liosas esculturas, fué derribada algún tiempo después, porque amenazaba ruina. La misma suerte les cupo a la capilla y al claustro ; el cementerio fué también demolido. La hermosa calle que conduce a la plaza, pasa por donde estaba la sepultura de Preben y Marta. Ninguno se acuerda de ellos ; y como nadie reclamó su lápida sepulcral, por eso

ha venido a parar en una piedra de afilar cuchillos y en juguete de niños.»

El anciano calló, y meneando melancólicamente la cabeza, añadió después :

—Sí, yacen olvidados : ¿pero quién es el que no está destinado al olvido?

La familia habló después de asuntos más agradables. Mientras conversaban, el menor de los hijos, un chico muy formal dotado de hermosos ojos, se subió a una silla y dirigió la vista al patio, donde la luna derramaba su blanca luz sobre la lápida sepulcral. El muchacho miró atento y creyó ver en ella una gran página en la que estaba escrito con caracteres de fuego la historia de las virtudes de los dos venerables esposos, contada por el anciano.

«¡ Olvidados, sí ; todo está condenado al olvido ! » Estas frases las pronunció el anciano, que había seguido el curso de sus tristes pensamientos mientras la familia hablaba de otra cosa. Pero al mismo tiempo que las decía, un ángel invisible besaba al niño en la frente y le murmuró dulcemente al oído :

—No olvides las palabras que acabas de oír ; grábatelas en la memoria. Tú estás destinado a hacer revivir en letras de oro, ante los tiempos venideros, la antigua inscripción casi borrada, y se verá de nuevo a los caritativos esposos Preben y Marta amparar a los desgraciados ; y por la noche, después de un día consagrado a las obras de misericordia, volverán a sentarse en el banco de piedra, saludando con su placentera sonrisa a ricos y a pobres.

Lo bueno y lo bello jamás se olvida ; la poesía lo recoge y lo transmite a las futuras generaciones.

## ESCENAS DE CORRAL

Según cuentan algunos historiadores, un ánade, llegó de un rincón de Portugal, pero según otros, del mediodía de España, mas como esto nada nos importa, vamos al grano y diremos que la pata o ánade, como queráis llamarle, atendía al nombre de *la Portuguesa*. Pues bien, después de haber puesto muchos huevos el ave palmípeda, le dieron muerte, y la asaron en el horno. Tal fué el término de su vida.

Pero no termina aquí nuestro cuento, pues los patitos que nacieron de estos huevos, y más tarde sus hijuelos, fueron llamados también portugueses ; esto constituía su nobleza. Después de transcurridos alguno años, no quedó de toda la raza más que un ánade, que habitaba un corral en compañía de unas gallinas y un gallo que se contoneaba orgullosamente.

Un día el ánade, cansado de oír el agudo canto del gallo, se dijo :

—Me encocoran sus gritos ensordecedores, pero me agrada por su vistoso plumaje. Aunque no pertenece a la raza mía, o sea de los patos, no puedo menos de reconocer que es un mozo muy gallardo. Pero, lo que sí es cierto, es que debería moderar su potente voz, según enseña la buena educación ;

y si no que aprenda de los pajarillos que cantan suavemente en los tilos del jardín contiguo. ¡ Qué delicioso es su canto! Os conmueve el alma. Es un verdadero canto portugués, pues a todo lo que es bueno y excelente lo llamo yo portugués. Si pudiese tener junto a mí a uno de esos pajarillos, sería para él una madre, una madre afable y cariñosa; yo soy así, lo tengo en mi sangre portuguesa.

Mientras así hablaba, uno de los pajarillos que cantaba en un tejado cayó dentro del corral, y a punto estuvo de ser devorado por un gato, que sólo consiguió romperle un ala.

*La Portuguesa*, al notarlo, exclamó:

—¡ Maldito gato! ¡ lo mismo hacía cuando yo tenía hijitos! ¡ No sé cómo permiten a un animal como ése pasearse por el tejado! No creo que en Portugal toleren tamaño abuso.

Dicho esto, se acercó al inocente pajarillo y le demostró su pesar por lo que le había sucedido; los otros patos llegaron también y expresaron igualmente su disgusto.

—¡ Pobrecillo! — decían—. ¡ Cuánto te compadecemos! pues en el fondo, somos artistas como tú; verdad que no sabemos cantar, pero tenemos los órganos necesarios para ello, y sólo nos atormenta el estar siempre roncós.

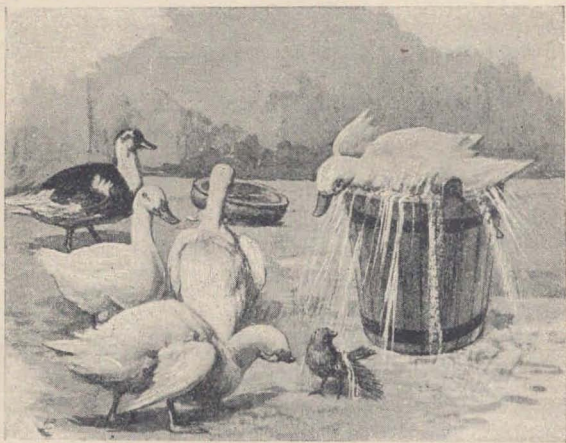
—¡ Qué lindas frases dirigís al pajarillo! — dijo *la Portuguesa*—; yo, por mi parte, quiero hacer algo por este pequeñito; es mi deber.

Y acercándose a un cubo lleno de agua se zambulló en él, y batiendo las alas hizo que el agua

salpicara, pero con tanta abundancia, que el pajarito, al recibir aquella lluvia sobre sí, por poco se asfixia, lo cual no lo hizo intencionadamente la pata, sino con buen fin.

—Esto es lo que se llama socorrer al prójimo— dijo el ánade a sus compañeros—; debéis imitarme.

El pajarillo empezó a piar cuando volvió de su



sorpresa, y en seguida se sacudió el agua que le ca-  
yera encima. El pobrecito había comprendido que  
*la Portuguesa*, si obraba con tan poco tino, no de-  
jaba de quererlo; así es que le dijo, aunque tem-  
blando de que su protectora le suministrase un se-  
gundo baño:

—¡Qué excelente corazón tenéis señora!

—Jamás me he ocupado de las cualidades que pueda tener mi corazón — dijo ella— ; lo único que sé es que amo a todas las criaturas, menos al gato, pues se comió una vez a dos de mis polluelos. Ahora, amigos míos, disponed como si estuviéseis en vuestra casa. No es cosa difícil estar a gusto entre los extraños, como me ha sucedido a mí, pues por mi porte y plumaje habréis comprendido que soy originaria de un país muy lejano de aquí. Mi marido, aquel pato tan gordo que duerme allí la siesta, no es de mi raza, es de este país ; pero como no soy orgullosa estoy satisfecha. Y os advierto, que si necesitáis algo, dirigíos a mí ; si alguien hay aquí capaz de comprenderos, yo soy la única.

Las otras ánades se apretujaban unas contra otras oyendo este magnífico discurso. Cuando éste terminó, lanzaron un estridente *cuá, cuá*, que podía tomarse por una aprobación aunque fuese lo contrario. Luego formaron corro alrededor del pajarillo y decían :

—No puede negarse que *la Portuguesa* tiene más expedita la lengua que nosotras. Pero, si no hablamos con tanta amenidad, no por eso dejamos de apiadarnos de ti, pajarito ; y si nada podemos hacer en tu beneficio, a lo menos no atronaremos tus oídos.

—¡ Qué preciosa voz poseéis ! — intervino el más viejo de los palmípedos— ; debe ser una grata satisfacción la de poder proporcionar como tú tanta alegría, placer tanto. Pero, como no tengo su-

ficiente inteligencia para apreciar tu lindo cantar, prefiero no hacerte un cumplimento estúpido.

—No atormentéis tanto al pobre pajarito — aconsejó *la Portuguesa*— ; tiene necesidad de descanso y de cuidados. Amiguito, ¿quieres que te dé otro baño?

—¡ Oh, gracias, gracias ! — exclamó el pájaro— ; dejad que me seque y me caliente.

—¡ Qué cosa más extraña ! — replicó *la Portuguesa*— ; a mí sólo me cura una cosa, y es el agua, cuanto más fría mejor. Tal vez te siente bien la distracción. Tus vecinas las gallinas, vendrán a visitarnos ; entre ellas hay dos pequeñitas, chinas, que tienen unas plumas en las patas de tal forma colocadas, que parece que llevan pantalones ; tienen mucha gracia y elegancia ; han venido de tierras muy remotas ; son, como yo, personas distinguidas.

En efecto, a poco se presentaron las gallinas acompañadas de su orgulloso gallo ; menos mal que aquel día estaba de buen humor y muy cortés ; es decir, que parecía más simpático. Acercóse al pajarillo y le dijo :

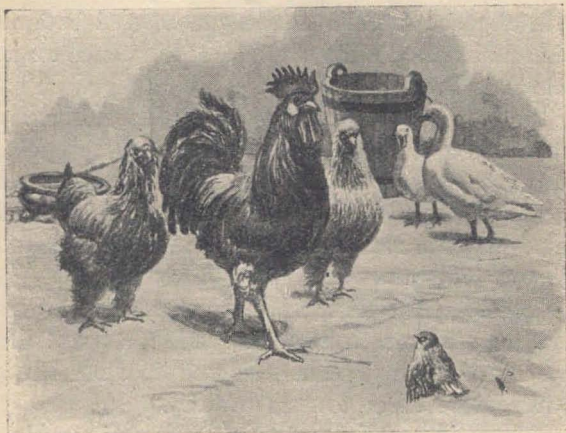
—Ciertamente que eres un ave canora, y haces de tu vocecita cuanto una vocecita puede hacer, pero te hace falta más fuerza, más extensión para que todos sepan que eres un macho.

Las dos gallinitas chinas estaban inmóviles, seducidas a la vista de un pajarillo. El pobrecito estaba aún empapado como una sopa y a las gallinitas les parecía un pollito chino. «¡ Qué mono es !» ex-



clamaron ; y se pusieron a hablar con el pajarito en voz baja, según los preceptos de la urbanidad china.

—Eres de nuestra raza, pinchoncito mío — dijo una de ellas— ; las ánades, sin excluir a *la Portuguesa*, son aves acuáticas. Tal vez no habéis oído



...se presentaron las gallinas acompañadas de su orgulloso gallo... (Pág. 72.)

nunca hablar de nosotras ; esto no es extraño, pues nadie fija la atención en nuestro lindo cuerpecito, ni siquiera las gallinas, por más que seamos de una especie tan rara. Pero esto nos importa muy poco. Pasamos sin hacer caso junto a toda esa gente sin educación y sin principios. A nosotras no nos agradan las querellas y decimos de los demás

cuanto bueno descubrimos en ellos. Mas, en verdad, exceptuando a nosotras dos y a nuestro gallo, no hay en este corral ninguno que valga nada. Mira hacia allí, ¿no ves aquel pato de plumas negras? Pues no te fíes de él; es un traidor. Fíjate ahora en aquel que tiene las plumas verdes y amarillas: con todo el mundo disputa, y no hay forma de taparle el pico. Aquella ánade que se está bañando habla mal de todo bicho viviente, lo cual es un defecto feo. Tan sólo *la Portuguesa* es digna de que se la trate, pues tiene alguna educación; pero no se le cae de la boca su Portugal.

En esto llegó el marido de *la Portuguesa*. Acercóse al pajarito, y después de examinarlo dijo que era un gorrión. No se avergonzó, antes al contrario, dijo sentenciosamente:

—No sé qué diferencia puede haber entre vosotros, lo cual me tiene sin cuidado; los pajarillos no son más que juguetes, objetos de diversión, y no me interesan en lo más mínimo.

—No os disgustéis por lo que os dice mi marido— replicó *la Portuguesa* dirigiéndose a la reunión—; él es buen esposo, buen padre de familia, pero no aprecia más que lo positivo. Ahora, amigos míos, os diré que ha llegado para mí el momento de irme a descansar; el descanso engorda, y considero como una obligación engordar mucho para que el día en que me sirvan asadita a la mesa de nuestra ama, pueda hacer honor a mi querida patria: ¡Portugal!

Después de expresarse en esta forma, ahuecó

las alas, escarbó la tierra y se echó; poco después cerró los ojos. El pajarillo sufría mucho con su ala rota, y para tener alivio y calentarse un poco, colocóse muy juntito a su protectora. El pobrecito se encontró a su gusto.

Las gallinas no quisieron dormir la siesta; picoteaban la tierra en busca de alimento. Esto no es de extrañar, pues si habían venido a visitar a los patos, era para llenarse el buche; así es que después de haber comido se marcharon, siendo las dos chinas las primeras.

De pronto la cocinera de la casa tiró al corral un cesto lleno de residuos y verduras, y produjo el cesto, al caer, tanto ruido, que la familia alada, asustada, empezó a gritar y mover las alas. También interrumpió la siesta de *la Portuguesa* que, al levantarse, dió un violento empujón al pajarillo.

—¡Ay, ay! — pió el pobrecito—; ¡qué golpe me habéis dado en mi ala herida, señora!

—¿Y por qué te pones en medio? — exclamó ella—. No seas tan delicado. Yo también estoy nerviosa a veces, y no por eso me quejo dando gritos como tú.

—No se enfade — dijo el pajarillo—; ese pío era un grito de dolor y no un reproche hacia usted.

*La Portuguesa* estaba ya lejos y no oyó las excusas del pájaro; corrió a picotear en los desperdicios que tirara la cocinera, y estuvo comiendo hasta que no pudo más. Después volvió a tenderse al sol. El pajarillo se acercó a ella, y creyendo agradarla cantó una de sus bonitas canciones:

*Pi, pi, pi;*  
*Mi alma es para ti:*  
*Pi, pi, pi,*  
*Pi pirripi, pi.*

—Oye tú, pajarillo; yo tengo por costumbre dormir la siesta después de comer — interrumpió *la Portuguesa*—; así es que calla, y déjame en paz.

El pajarillo, que deseaba complacer a su protectora, quedó perplejo ante esta observación. Así es que cerró el piquito y no volvió a cantar.

Cuando la ánade se despertó, vió al pajarito a su lado, que colocaba ante ella un grano de trigo que había encontrado en el suelo. Mas como su protectora había tenido un sueño muy agitado, no estaba de buen humor y no hizo caso, y sólo le dijo:

—Eso puedes dárselo a un pollo. Además, te advierto que no quiero verte siempre metido entre mis patas.

—¿Por qué me riñe? — gimoteó el pajarillo—. ¿Qué le he hecho?

—¡Hecho! — replicó *la Portuguesa*.— ¡Vaya una manera de hablar tan vulgar!

—¡Qué desgraciado soy! — exclamó el pajarillo—; ayer lucía aquí el sol para mí y hoy la atmósfera está cargada, el cielo se ha encapotado.

—¡Cuántos disparates dices, amiguito! — observó *la Portuguesa*—. Sólo te conozco desde esta mañana. En verdad que eres muy tonto.

—Perdóneme — dijo — y no me mire con esos ojos que me causan mucho miedo.

—¡Imprudente! — exclamó *la Portuguesa* fuera de sí—; ¿me comparas al gato, a ese animal feroz? ¡a mí, que por mis venas corre sangre noble! Me inspiras lástima y quiero cuidarte; pero bueno es que aprendas a tratar con la gente de mi rango.

Y al mismo tiempo, le dió un picotazo tan fuerte al pajarito, que éste cayó muerto; su delicada cabecita estaba partida en dos.

*La Portuguesa*, al ver caer muerto a su protegido, como ella decía, exclamó:

—¡Cómo! ¿Se ha muerto por la ligera corrección que le he impuesto? ¡Oh! entonces es que no había nacido para vivir en este mundo. He sido para él una madre, estoy convencida de ello, pues tengo un buen corazón.

En este momento el gallo lanzó un formidable ¡cocorocooo!

—Me vais a causar la muerte con vuestro cacareo —dijo *la Portuguesa*—. Sois el causante de todo. El pajarito no tiene cabeza y yo estoy en un tris de perder la mía.

—No se ha perdido gran cosa — dijo el gallo.

—Hablad del pobre muertecito con más respeto— replicó el ánade—. El desgraciado estaba dotado de gran talento, cantaba armoniosamente, era muy mono, muy lindo y muy cariñoso; cosa muy rara en los animales, y mucho más entre los seres que se llaman hombres. Los patos rodearon el ina-

nimado cuerpo, e hicieron manifestaciones de profunda pena por la muerte de la pobre avecilla.

También hicieron acto de presencia las gallinas chinas, gimoteaban como los demás, pero no tenían los ojos tan colorados como los patos. Entre sollozos, decían :

—En ningún país se encontrarán seres más tiernos y más sensibles que nosotros.

—*¡Cuá! ¡cuá!* — gritó *la Portuguesa*—, en mi país tenemos más sentimiento.

Su marido, el pato gordo, intervino y dijo :

—No se hable más del asunto, y busquemos algo con que cenar. En cuanto a ese pajarillo muerto, en los árboles podéis encontrar miles como él. Lo dicho : a buscar comida, y llenaremos el buche, que es lo que más importa.

FIN



AUTORES DANESSES  
LITERATURA INFANTIL. CUEN

# Biblioteca Selecta

## VOLUMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen, 1.º
11. Cuentos de Andersen, 2.º
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinsón.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales
21. La pícara vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloqueo
39. Una ciudad flotante, 1.º
40. Una ciudad flotante, 2.º
41. Miguel Strogoff, 1.º
42. Miguel Strogoff, 2.º
43. Las Indias negras, 1.º
44. Las Indias negras, 2.º
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La paloma. — El canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolín.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac, 1.º
58. Héctor Servadac, 2.º
59. El maestro Zacarías.
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en globo.
62. Los hijos del capitán Grant, 1.º
63. Los hijos del capitán Grant, 2.º
64. Los quinientos millones de la Begún.